



Ambiciones
sensibles

Ciro Alfonso Cano Mora



SEMILLAS



La poesía de José
Eusebio Caro

Nº 26

La memoria de Shakespeare



Jorge
Luis
Borges



Literatura / Págs. 6, 7 y 8



La Gramática
Lingüística / Pág. 4 y 5



Los abuelos del
General Santander

Gerardo Raynaud

Historia / Pág. 11



Teología de la
Santísima Trinidad

Juan Pablo II

Reseña / Pág. 12



ROBERT BURNS

(Ayrshire, Escocia, 25 de enero de 1759 -
Ellisland, 21 de julio de 1796)

LA LÁGRIMA

Mi corazón es angustia, y lágrimas caen de mis ojos;
Hace largo, largo tiempo que la alegría me es extraña:
Olvidado y sin amigos soporto mil montañas,
Sin una voz dulce que suene en mis oídos.
Amarte es mi placer, y profundo lastima tu encanto;
Amarte es mi desdicha, y esta pena lo ha demostrado;
Pero el corazón herido que ahora sangra en mi pecho
Se siente como un flujo incansable que pronto será deshecho.
Oh, si yo fuese —si acariciar la felicidad yo pudiese—
Abajo en el arroyo joven, en el cansado castillo verde;
Pues allí deambula entre melodías permanentes
Aquella lágrima seca de tus ojos.

POR LOS VIEJOS TIEMPOS

¿Deberían olvidarse las viejas amistades
y nunca recordarse?
¿Deberían olvidarse las viejas amistades
y los viejos tiempos?
Por los viejos tiempos, amigo mío,
por los viejos tiempos:
tomaremos una copa de cordialidad
por los viejos tiempos.
Los dos hemos correteado por las laderas
y recogido las hermosas margaritas,
pero hemos errado mucho con los pies doloridos
desde los viejos tiempos.
Por los viejos tiempos, amigo mío,
por los viejos tiempos:
tomaremos una copa de cordialidad
por los viejos tiempos.



Los dos hemos vadeado la corriente
desde el mediodía hasta la cena,
pero anchos mares han rugido entre nosotros
desde los viejos tiempos.
Por los viejos tiempos, amigo mío,
por los viejos tiempos:
tomaremos una copa de cordialidad
por los viejos tiempos.
Y he aquí una mano, mi fiel amigo,
y danos una de tus manos,
y ¡echemos un cordial trago de cerveza
por los viejos tiempos!
Por los viejos tiempos, amigo mío,
por los viejos tiempos:
tomaremos una copa de cordialidad
por los viejos tiempos.



EL EPITAFIO DEL BARDO

Existe un inocente inspirado,
Un pensamiento hambriento de gloria,
Un buscador incesante y orgulloso,
Deja que se acerque,
Y así como canta la hierba húmeda
Derrama tu lágrima.
Existe un bardo de rústicas melodías
Robando las multitudes con su sinfonía,
Que cada semana se reúnen para oírlo,
¡Oh, no pases de largo!
Con un fuerte sentimiento alto
Exhala aquí tu suspiro.
Existe un hombre cuya sentencia clara
Enseña a otros a dirigir el curso,
Sin embargo, él corre una vida incansable,
Salvaje como las olas,
Pasa por aquí y vuelca tu lágrima
Sobre la terrosa tumba.
El pobre que habita debajo
Se apresuró a aprender de los sabios,
Cálido sintió de la amistad el rayo
Y su llama suave;
¡Irreflexivas locuras lo cubren ahora
¡Y manchan su nombre!
¡Escúchame lector! Si tu alma
Dispara los vuelos de la fantasía,
Larvas oscuras consumen esta tierra
Mientras descienden en el sepulcro:
Recuerda que la cautela y la prudencia
Son las raíces de la sabiduría.





Ambiciones sensibles



**CIRO
ALFONSO
CANO MORA**



Ta placidez de caminar por un sendero bordeado de nostalgias aviva sentimientos que se han guardado en arcones dorados, porque no se trata de ver pasar los días en vagabunda sincronía, lo importante es degustar la vida con intensidad en cada paso que se da, sin importar los rayos cándentes del sol estival o las nubes grises que deambulan sin rumbo desde el otoño triste y pausado.

Hay recompensas, sin duda, como esas alboradas suaves, adornadas con canto de jilgueros o tardes presumidas que acarician sin descanso la inmensidad del cielo azul, donde las golondrinas danzan con irreverencia hermosa y el rumor del viento reconforta algún pesar, que ya se va de viaje, quizás, para no volver a las-timar más pétalos, hermosos pero frágiles, junto al manantial abrumado de ilusio-nes.

El reloj continúa su marcha irrespetuosa, muy cierto... detenerlo... solo marca carencias en avideces repentinamente, como si fueran esas sombras que se diluyen en una pared vieja en cada ocasión o encadenar soledades

junto a la ventana, donde los silencios pernoctan sin recato y las gotas de lluvia, aunque adulan, no son más que espejismos rodando por el cristal acongojado.

De pronto, en el desván, en uno de esos cofres improvisados, reaparece alguna carta con sus años evidentes y palabras galantes, que en su momento tuvieron sentido perfecto, convenientemente inspiradas y en el ahora solo son remembranzas azucaradas de cuando entretenían los idílicos, era cuestión de buscar estrellas en el infinito y mejor aún, alguna de esas fugaces... para reverenciar los sueños.

Ahora, en este lapso, cuando ya las ambiciones son sensibles, podemos sentarnos a la orilla de cualquier recuerdo, mirar algún arrebol tímido que presume su inocencia posándose encima de una colina lejana, beber una buena copa de vino añejo con aroma de suspiros ineludibles, refrescados por la brisa, que pasea desde el vallecito rejuvenecido o escuchar una vieja canción romántica, de las que sonaban bonito en la radio, en los distantes años, que van adheridos a la memoria grata.

Entonces para muchos de esos instantes sublimes, desatamos el lazo que los mantiene reservados y proveerles un nuevo itinerario de libertad, sin condiciones, para que vuelen lejos o se queden por ahí impregnando algunos versos en apacibles serenatas a la luz de la luna, con una cofradía de estrellas serenas y algunas luciérnagas pudorosas, que insisten en el umbral de otras puertas, ser parte del decorado, para nuevas y atrevidas emociones.

Insisto, las ambiciones son más sensibles, cuando los calendarios irrumpen sin permiso la distancia del ayer ataviado con sosiego moderado y un presente con otros alibres y profusos silencios, cautivos entre prisas y orgullosos desafíos.



La Gramática

(A nuestro maestro del Calasanz, Don Abraham Lizcano)

La gramática es el estudio de las reglas y principios que gobiernan el uso de las lenguas y la organización de las palabras dentro de unas oraciones y otro tipo de constituyentes sintácticos y es parte del estudio general del lenguaje denominado lingüística, el conjunto de reglas y principios que gobiernan el uso de una lengua. Clásicamente, el estudio de la lengua se divide en cuatro niveles:

- Nivel fónico (fonético y fonológico).
- Nivel morfológico.
- Nivel sintáctico.
- Nivel léxico y semántico.
- Nivel pragmático.
- Nivel discursivo.

Las partes centrales de la gramática han sido tradicionalmente la enseñanza de las partes del discurso



y las categorías gramaticales, así como la enseñanza de las reglas generales para combinar palabras en unidades más largas (combinaciones de palabras, oraciones) y la estructura de estas unidades del discurso, la sintaxis. Una descripción, un estudio o un análisis de estas reglas también puede denominarse gramática. Puede utilizarse de forma más amplia para incluir las convenciones de ortografía y puntuación. También puede usarse de forma más restringida para referirse a un conjunto de normas prescriptivas únicamente, excluyendo aquellos

aspectos de la gramática de una lengua que no están sujetos a variación o al debate sobre su aceptabilidad normativa.

TIPOS DE GRAMÁTICA

La gramática prescriptiva, o gramática normativa, es la que presenta normas de uso para un lenguaje específico. La gramática tradicional es típicamente prescriptiva. Este tipo de gramática está basada usualmente en el dialecto de prestigio de una comunidad hablante. Aunque la gramática prescriptiva aún suele utilizarse en pedagogía y en la enseñanza de lenguas extranjeras, ha perdido peso en la lingüística moderna. La gramática descriptiva intenta describir el uso real de una lengua, evitando juzgar en forma prescriptiva. La gramática tradicional es la colección de ideas acerca de la gramática que las sociedades occidentales han heredado de Grecia y Roma. La gramática prescriptiva es formulada en términos de los conceptos descriptivos heredados de la gramática tradicional. La gramática generativa es un enfoque formal para el estudio sintáctico de las lenguas para generar las expresiones bien construidas de una lengua natural. La psicolingüística se



basa en la gramática generativa, promovida por Noam Chomsky.

SE PUEDE SUBDIVIDIR EN:

- Gramática generativa transformacional*
- Gramática sistemática funcional*
- Principios y Parámetros*
- Gramática léxico-funcional*
- Gramática sintagmática generalizada*
- Gramática sintagmática nuclear*
- Gramática de la dependencia*
- Gramática del rol y la referencia*

La Jerarquía de Chomsky describe varias clases importantes de gramática formal.

Los lingüistas consideran normalmente que la gramática prescriptiva no tiene ninguna justificación más allá del gusto estético de sus autores, pero las prescripciones permiten a la sociolingüística explicar las razones por las cuales grupo social utiliza construcciones diferenciales.

GRAMÁTICA DEL IDIOMA ESPAÑOL

El estudio formal de la gramática es una parte importante de la educación, desde niños hasta el aprendizaje avanzado, a pesar de que las reglas que se enseñan en las escuelas no constituyen una gramática en el sentido en que los lingüistas utilizan el término, puesto que son prescriptivas, más que descriptivas.

El idioma español es una lengua flexiva de tipo incluyente, por lo que en las oraciones se usa con gran frecuencia la flexión para indicar las relaciones entre sus elementos. Por la forma en que se marcan los argumentos de los verbos transitivos e intransitivos, se agrupa dentro de las lenguas nominativo-acusativas con algunos rasgos de ergatividad escindida. Sintácticamente el español es una lengua de núcleo inicial altamente consistente.

UNIDADES FUNDAMENTALES DEL ANÁLISIS GRAMATICAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA

La Real Academia Española reconoce seis unidades fundamentales del análisis grammatical del idioma español.

- Unidades fónicas*
- Unidades morfológicas*
- Unidades sintácticas: las clases de palabras*
- Unidades sintácticas: los grupos sintácticos*
- Unidades sintácticas: las funciones*

UNIDADES SINTÁCTICAS: LA ORACIÓN

Algunas definiciones importantes:

Sintaxis. Estudia cómo se combinan las palabras para formar oraciones correctas. Las palabras de una lengua no operan de manera individual y aislada, sino en una cadena, ya que su significado depende de cómo se combinan unas con otras y del lugar que ocupan en la oración. La sintaxis analiza qué funciones cumplen las palabras y cómo se establece la concordancia entre los distintos elementos de la oración. El análisis sintáctico consiste en atribuirles una función dentro de la oración a todas las palabras y las construcciones. La Real Academia Española señala que “se trata de una disciplina de naturaleza combinatoria”.

Semántica. Estudia el significado de los signos lingüísticos y sus combinaciones y está vinculada al sentido e interpretación de palabras, expresiones o símbolos. Los medios de expresión suponen una correspondencia entre las expresiones y determinadas situaciones o cosas, ya sean del mundo material o abstracto. En otras palabras, la realidad y los pensamientos pueden ser descritos a través de las expresiones analizadas por la semántica.

Pragmática. Se dedica al análisis del lenguaje en su vínculo con las personas que lo hablan, considerando las circunstancias que forman parte del proceso comunicativo y los enunciados que se emiten. Más allá de su acepción como disciplina de la lingüística, tiene otros usos, pudiéndose emplear como variantes del sustantivo e, incluso, del adjetivo.

Fonética. La fonética estudia cómo se producen y se perciben los sonidos de una lengua, por ejemplo, la entonación de una palabra determinada, analizando las características que se requieren para pronunciar el término que se estudia. La acentuación constituye un ejemplo básico del campo fonético.

Morfología. Se trata de la ciencia que estudia a la palabra y a sus diversas formas. Analizar morfológicamente una o varias palabras significa identificar a qué tipo de categoría grammatical pertenece.

Ortografía. Es el conjunto de normas que regulan la escritura. Forma parte de la gramática normativa y establece las reglas para el uso correcto de las letras y los signos de puntuación. Nace a partir de una con-

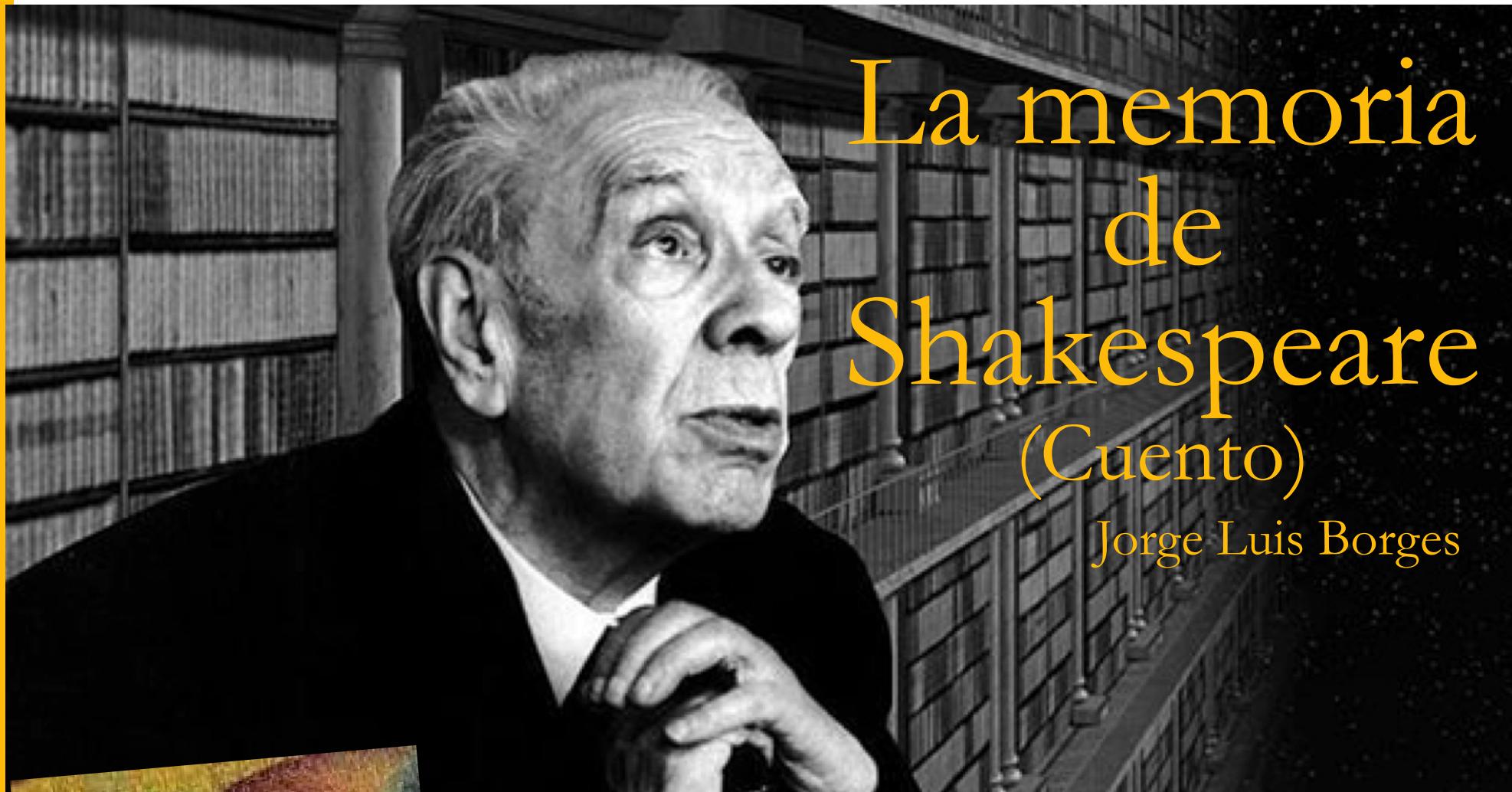


vención aceptada por una comunidad lingüística para conservar la unidad de la lengua escrita. La institución que las regula es la Academia de la Lengua. Las reglas ortográficas no tienen una relación directa con la comprensión del texto, pero aportan unidad a una lengua.

CASOS GRAMATICALES

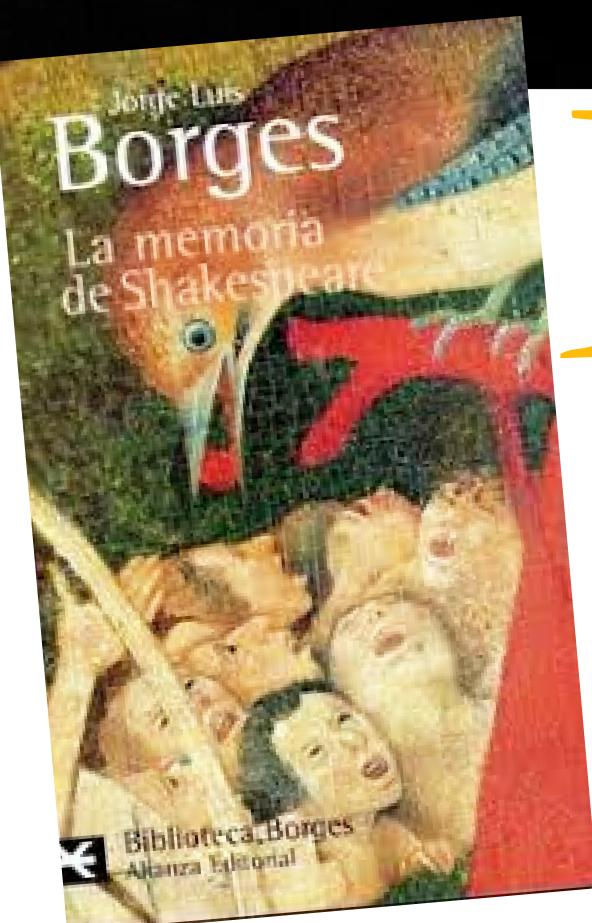
El caso grammatical es un estado de flexión de la palabra mediante el cual nombres, adjetivos, o pronombres, adoptan diferentes formas según la función que cumplen en la frase, generalmente con la adición de un sufijo. Las lenguas que utilizan el sistema de casos son llamadas lenguas flexivas. Muchas lenguas indo-europeas son o habían sido lenguas flexivas. El ejemplo más conocido es el latín. Prácticamente la totalidad de las lenguas eslavas mantienen el sistema de casos, así como el vasco, el griego y el turco, entre otros. Tanto las lenguas románicas como las lenguas germánicas presentan una pérdida evolutiva de los casos grammaticales, el catalán, por ejemplo, solo presenta una flexión de caso residual en los pronombres personales, el inglés también ha perdido el sistema de casos y, hoy en día, solo conserva el llamado genitivo sajón, que algunos lingüistas modernos han dejado de reconocer como caso grammatical.





La memoria de Shakespeare (Cuento)

Jorge Luis Borges



Lay devotos de Goethe, de las Eddas y del tardío cantar de los nibelungos; Shakespeare ha sido mi destino. Lo es aún, pero de una manera que nadie pudo haber presentido, salvo un solo hombre, Daniel Thorpe, que acaba de morir en Pretoria. Hay otro cuya cara no he visto nunca. Soy Hermann Soergel. El curioso lector ha hojeado quizás mi “Cronología de Shakespeare”, que alguna vez creí necesaria para la buena inteligencia del texto y que fue traducida a varios idiomas, incluso el castellano.

No es imposible que recuerde asimismo una prolongada polémica sobre cierta crítica enmienda que Theobald intercaló en su edición crítica de 1734 y que desde esa fecha es parte indiscutida del canon. Hoy me sorprende el tono incivil de aquellas casi ajenas páginas. Hacia 1914 redacté, y no di a la imprenta, un estudio sobre las palabras compuestas que el helenista y dramaturgo George Chapman forjó para sus versiones homéricas y que retrotraen el inglés, sin que él pudiera sospecharlo, a su origen (*Urprung*) anglosajón.

No pensé nunca que su voz, que he olvidado ahora, me sería familiar... Alguna separata con iniciales completa, creo, mi biografía literaria. No sé si es lícito agregar una versión inédita de Macbeth, que emprendí para no seguir pensando en la muerte de mi hermano Otto Julius, que cayó

en el frente occidental en 1917. No la concluí; comprendí que el inglés dispone, para su bien, de dos registros –el germánico y el latino– en tanto que nuestro alemán, pese a su mejor música, debe limitarse a uno solo.

He nombrado ya a Daniel Thorpe. Me lo presentó el mayor Barclay, en cierto congreso shakespeareano. No diré el lugar, ni la fecha; sé harto bien que tales precisiones son, en realidad, vaguedades. Más importante que la cara de Daniel Thorpe, que mi ceguera parcial me ayuda a olvidar, era su notoriedad desdicha. Al cabo de los años, un hombre puede simular muchas cosas, pero no la felicidad. De un modo casi físico, Daniel Thorpe exhalaba melancolía. Después de una larga sesión, la noche nos halló en una taberna cualquiera. Para sentirnos en Inglaterra (donde ya estábamos) apuramos en rituales jarros de peltre cerveza tibia y negra.

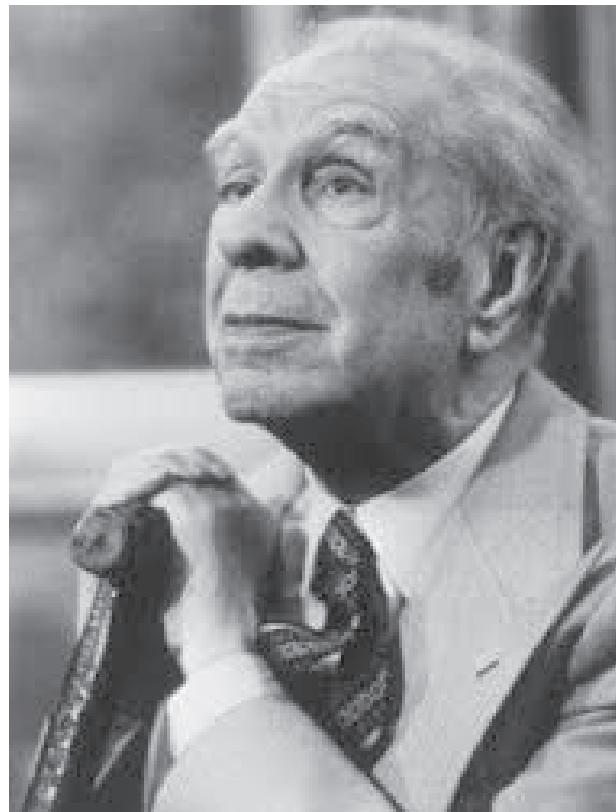
—En el Punjab —dijo el mayor— me indicaron un pordiosero. Una tradición del Islam atribuye al rey Salomón una sortija que le permitía entender la lengua de los pájaros. Era fama que el pordiosero tenía en su poder la sortija. Su valor era tan inapreciable que no pudo nunca venderla y murió en uno de los palacios de la mezquita de Wazil Khan, en Lahore. Pensé que Chaucer no desconocía la fábula del prodigioso, pero decirlo hubiera sido estropear la anécdota de Barclay.

—¿Y la sortija? —pregunté. —Se perdió, según la costumbre de los objetos mágicos. Quizá esté ahora en algún escondrijo de la mezquita o en la mano de un hombre que vive en un lugar donde faltan pájaros. —O donde hay tantos —dije— que lo que dice se confunde. —Su historia, Barclay, tiene algo de parábola. Fue entonces cuando habló Daniel Thorpe. Lo hizo de un modo impersonal, sin mirarnos. Pronunciaba el inglés de un modo peculiar, que atribuí a una larga estadía en el Oriente. —No es parábola —dijo—, y si lo es, es verdad. Hay cosas de valor tan inapreciable que no pueden venderse. Las palabras que trato de reconstruir me impresionaron menos que la convicción con que las dijo Daniel Thorpe. Pensamos que diría algo más, pero de golpe se calló, como arrepentido. Barclay se despidió.

Los dos volvimos juntos al hotel. Era ya muy tarde, pero Daniel Thorpe me propuso que prosiguiéramos la charla en su habitación. Al cabo de algunas trivialidades, me dijo: —Le ofrezco la sortija del rey. Claro está que se trata de una metáfora, pero lo que esta metáfora cubre no es menos prodigioso que la sortija. Le ofrezco la memoria de Shakespeare desde los días más pueriles y antiguos hasta los del principio de abril de 1616. No acerté a pronunciar una palabra. Fue como si me ofrecieran el mar. Thorpe continuó: —No soy un impostor. No estoy loco.

Le ruego que suspenda su juicio hasta haberme oído. El mayor le habrá dicho que soy, o era, médico militar. La historia cabe en pocas palabras. Empieza en el Oriente, en un hospital de sangre, en el alba. La precisa fecha no importa. Con su última voz, un soldado raso, Adam Clay, a quien habían alcanzado dos descargas de rifle, me ofreció, poco antes del fin, la preciosa memoria. La agonía y la fiebre son inventivas; acepté la oferta sin darle fe. Además, después de una acción de guerra, nada es muy raro. Apenas tuvo tiempo de explicarme las singulares condiciones del don. El poseedor tiene que ofrecerlo en voz alta y el otro aceptarlo. El que lo da lo pierde para siempre.

El nombre del soldado y la escena patética de la entrega me parecieron literarios, en el mal sentido de la palabra. Un poco intimidado, le pregunté: —¿Usted, ahora, tiene la memoria de Shakespeare? Thorpe contestó: —Tengo, aún, dos memorias. La mía personal y la de aquel Shakespeare que particularmente soy. Mejor dicho, dos memorias me tienen. Hay una cara de mujer que no sé a qué siglo atribuir. Yo le pregunté entonces: —¿Qué ha hecho usted con la memoria de Shakespeare? Hubo un silencio. Después dijo: —He escrito una biografía novelada que mereció el desdén de la crítica y algún éxito en los Estados Unidos y en las colonias. Creo que es todo. Le he prevenido que mi don no es una sinecura. Sigo a la espera de una respuesta. Me quedé pensando. ¿No había consagrado yo mi vida, no menos incolora que extraña, a la busca de Shakespeare? ¿No es justo que al fin de la jornada diera con él? Dije, articulando bien cada palabra: —Acepto



Jorge Luis Borges



la memoria de Shakespeare.

Algo, sin duda, aconteció, pero no lo sentí. Apenas un principio de fatiga, acaso imaginaria. Recuerdo claramente que Thorpe me dijo: —La memoria ya ha entrado en su conciencia, pero hay que descubrirla. Surgirá en los sueños, en la vigilia, al volver las hojas de un libro o al doblar una esquina. No se impaciente usted, invente recuerdos. El azar puede favorecerlo o demorarlo, según su misterioso modo. A medida que yo vaya olvidando, usted recordará.

No le prometo un plazo. Lo que quedaba de la noche lo dedicamos a discutir el carácter de Shylock. Me abstuve de indagar si Shakespeare había tenido trato personal con judíos. No quise que Thorpe imaginara que yo lo sometía a una prueba. Comprobé no sé si con alivio o con inquietud, que sus opiniones eran tan académicas y convencionales como las mías. A pesar de la vigilia anterior, casi no dormí la noche siguiente. Descubrí, como otras tantas veces, que era un cobarde. Por el temor de ser defraudado, no me entregué a la generosa esperanza. Quise pensar que era ilusorio el presente de Thorpe. Irresistiblemente, la esperanza prevaleció. Shakespeare sería mío, como nadie lo fue de nadie, ni en el amor, ni en la amistad, ni siquiera en el odio.

De algún modo yo sería Shakespeare. No escribiría las tragedias ni los intrincados sonetos, pero recordaría el instante en que me fueron reveladas las brujas, que también son las parcas, y aquel otro en que me fueron dadas las vastas líneas: And shake the yoke of inauspicious stars

From this worldweary flesh. Recordaría a Anne Hathaway como recuerdo a aquella mujer, ya madura, que me enseñó el amor en un departamento de Lübeck, hace ya tantos años. (Traté de recordarla y sólo puede recobrar el empapelado, que era amarillo, y la claridad que venía de la ventana. Este primer fracaso hubiera debido anticiparme los otros.) Yo había postulado que las imágenes de la prodigiosa memoria serían, ante todo, visuales. Tal no fue hecho.

Días después, al afeitarme, pronuncié ante el espejo unas palabras que me extrañaron y que pertenecían, como un colega me indicó, al A, B, C, de Chaucer. Una tarde, al salir del Museo Británico, silbé una melodía muy simple que no había oído nunca. Ya habrá advertido el lector el rasgo común de esas primeras revelaciones de una memoria que era, pese al esplendor de algunas metáforas, harto más auditiva que visual. De Quincey afirma que el cerebro del hombre es un palimpsesto. Cada nueva escritura cubre la escritura anterior y es cubierta por la que sigue, pero la todopoderosa memoria puede exhumar cualquier impresión, por momentánea que haya sido, si le dan el estímulo suficiente. A juzgar por su testamento, no había un solo libro, ni siquiera la Biblia, en casa de Shakespeare, pero nadie las obras que frecuentó: Chaucer, Gower, Spencer, Christopher Marlow, la Crónica de Holinshead, el Montaigne de Florio, el Plutarco de North. Yo poseía de manera latente la memoria de Shakespeare; la lectura, es decir la relectura, de esos viejos volúmenes sería el estímulo que buscaba. Releí también los sonetos, que son su obra más inmediata. Di alguna vez con la explicación o con las muchas explicaciones. Los buenos versos imponen la lectura en voz alta; al cabo de unos días recobré sin esfuerzo las erres ásperas y las vocales abiertas del siglo dieciséis. Escribí en la *Zeitschrift für germanische Philologie* que el soneto 127 se refería a la memorable derrota de la Armada Invencible.

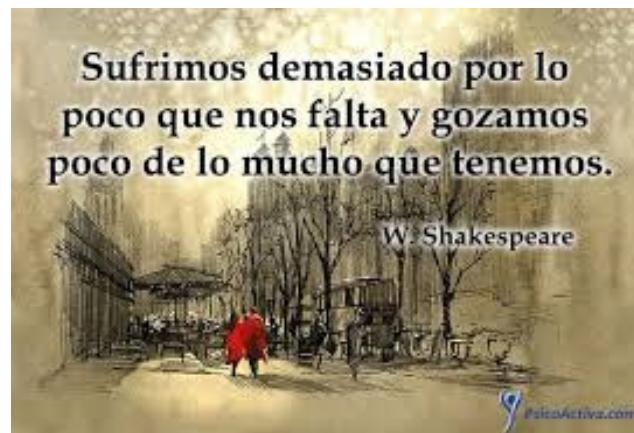
No recordé que Samuel Butler, en 1899, ya había formulado esa tesis. Una visita a Stratford-on-Avon fue, previsiblemente, estéril. Después adivino la transformación gradual de mis sueños. No me fueron deparadas, como a De Quincey pesadillas espléndidas, ni piadosas visiones alegóricas, a la manera de su maestro, Jean Paul. Rostros y habitaciones desconocidas entraron en mis noches. El primer rostro que identifiqué fue el de Chapman; después, el de Ben Jonson y el de un vecino del poeta, que no figura en las biografías, pero que Shakespeare vería con frecuencia.

Quien adquiere una enciclopedia no adquiere cada línea, cada párrafo, cada página y cada grabado; adquiere la mera posibilidad de conocer alguna de esas cosas. Si ello acontece con un ente concreto y relativamente sencillo, dado el orden alfabético de las partes, ¿qué no acontecerá con un ente abstracto y variable, ondoyant et divers, como la mágica memoria de un muerto? A nadie le está dado abarcar en un solo instante la plenitud de su pasado. Ni a Shakespeare, que yo sepa, ni a mí, que fui su parcial heredero, nos depararon ese don. La memoria del hombre no es una suma; es un desorden de posibilidades indefinidas. San Agustín, si no me engaño, habla de los palacios y cavernas de la memoria. La segunda metáfora es la más justa. En esas cavernas entré.

Como la nuestra, la memoria de Shakespeare incluía zonas, grandes zonas de sombra rechazadas voluntariamente por él. No sin algún escándalo recordé que Ben Jonson le hacía recitar hexámetros latinos y griegos y que el oído, el incomparable oído de Shakespeare, solía equivocar una cantidad, entre la risotada de los colegas. Conocí estados de ventura y de sombra que trasciende la común experiencia humana. Sin que yo lo supiera, la larga y estudiosa soledad me había preparado para la dócil recepción del milagro. Al cabo de unos treinta días, la memoria del muerto me animaba.

Durante una semana de curiosa felicidad, casi creí ser Shakespeare. La obra se renovó para mí. Sé que la luna, para Shakespeare, era menos la luna que Diana y menos Diana que esa oscura palabra que se demora: moon. Otro descubrimiento anoté. Las aparentes negligencias de Shakespeare, esas absence dans l'infini de que apologeticamente habla Hugo, fueron deliberadas. Shakespeare las toleró, o intercaló, para que su discurso, destinado a la escena, pareciera espontáneo y no demasiado pulido y artificial (nicht allzu glatt und gekünselt). Esa misma razón lo movió a mezclar sus metáforas: My way of life Is fall'n into the sear, the yellow leaf. Una mañana discerní una culpa en el fondo de su memoria. No traté de definirla; Shakespeare lo ha hecho para siempre. Básteme declarar que esa culpa nada tenía en común con la perversión. Comprendí que las tres facultades del alma humana, memoria, entendimiento y voluntad, no son una ficción escolástica.

La memoria de Shakespeare no podía revelarme



otra cosa que las circunstancias de Shakespeare. Es evidente que éstas no constituyen la singularidad del poeta; lo que importa es la obra que ejecutó con ese material deleznable. Ingenuamente, yo había premeditado, como Thorpe, una biografía. No tardé en descubrir que ese género literario requiere condiciones de escritor que ciertamente no son mías. No sé narrar. No sé narrar mi propia historia, que es harto más extraordinaria que la de Shakespeare. Además, ese libro sería inútil.

El azar o el destino dieron a Shakespeare las triviales cosas terribles que todo hombre conoce; él supo transmutarlas en fábulas, en personajes mucho más vívidos que el hombre gris que los soñó, en versos que no dejarán caer las generaciones, en música verbal. ¿A qué destejer esa red, a qué mirar la torre, a qué reducir las mórdicas proporciones de una biografía documental o de una novela realista el sonido y la furia de Macbeth? Goethe constituye, según se sabe, el culto oficial de Alemania; más íntimo es el culto de Shakespeare, que profesamos no sin nostalgia. (En Inglaterra, Shakespeare, que tan lejano está de los ingleses, constituye el culto oficial; el libro de Inglaterra es la Biblia). En la primera etapa de la aventura sentí la dicha de ser Shakespeare; en la postertera, la opresión y el terror.

Al principio las dos memorias no mezclaban sus aguas. Con el tiempo, el gran río de Shakespeare amenazó, y casi anegó, mi modesto caudal. Advertí con temor que estaba olvidando la lengua de mis padres. Ya que la identidad personal se basa en la memoria, temí por

mi razón. Mis amigos venían a visitarme; me asombró que no percibieran que estaba en el infierno. Empecé a no entender las cotidianas cosas que me rodeaban (die alltägliche Umwelt). Cierta mañana me perdí entre grandes formas de hierro, de madera y de cristal. Me aturdieron silbatos y clamores. Tardé un instante, que pudo parecerme infinito, en reconocer las máquinas y los vagones de la estación de Bremen. A medida que transcurren los años, todo hombre está obligado a sobrellevar la creciente carga de su memoria.

Dos me agobiaban, confundiéndose a veces: la mía y la del otro, incomunicable. Todas las cosas quieren preservar en su ser, ha escrito Spinoza. La piedra quiere ser una piedra, el tigre un tigre, yo quería volver a ser Hermann Soergel. He olvidado la fecha en que decidí liberarme. Di con el método más fácil. En el teléfono marqué números al azar. Voces de niño o de mujer contestaban. Pensé que mi deber era respetarlas. Di al fin con una voz culta de hombre. Le dije: —¿Quieres la memoria de Shakespeare? Sé que lo que te ofrezco es muy grave. Piénsalo bien.

Una voz replicó: —Afrontaré ese riesgo. Acepto la memoria de Shakespeare. Declaré las condiciones del don. Paradójicamente, sentía a la vez la nostalgia del libro que yo hubiera debido escribir y que me fue vedado escribir y el temor de que el huésped, el espectro, no me dejara nunca. Colgué el tubo y repetí como una esperanza estas resignadas palabras: Simply the thing I am shall make me live.

Yo había imaginado disciplinas para despertar la antigua memoria; hube de buscar otras para borrarla. Una de tantas fue el estudio de la mitología de William Blake, discípulo rebelde de Swedenborg. Comprobé que era menos compleja que complicada. Ese y otros caminos fueron inútiles: todos me llevaban a Shakespeare. Di al fin con la única solución para poblar la espera: la estricta y vasta música de: Bach. P.S. 1924 — Ya soy un hombre entre los hombres. En la vigilia soy el profesor emérito Hermann Soergel, que manejo un fichero y que redacto trivialidades erudititas, pero en el alba sé, alguna vez, que el que sueña es el otro. De tarde en tarde me sorprenden pequeñas y fugaces memorias que acaso son auténticas.

La poesía de José Eusebio Caro

(Ocaña, 5 de mayo de 1817 - Santa Marta, 28 de enero de 1853)

Jn ocañero brillante, filósofo, poeta y escritor neogranadino de la generación posterior a la Independencia, ideólogo y fundador del Partido Conservador Colombiano, junto con Mariano Ospina Rodríguez.

Su obra poética fue un extraordinario cantor del amor, la melancolía y la patria. Sobresalió como autor de una poesía rítmica, hermosa, llena de grandes ideas, hecha con romanticismo puro; en su obra se aprecia algo del estilo neoclásico que le antecedió, y se prevé el futuro modernismo. Así lo prueban los metros endecasílabos que usó, los cuales serían una de las características de este movimiento; por eso Caro ha sido visto como el precursor de la lírica modernista.

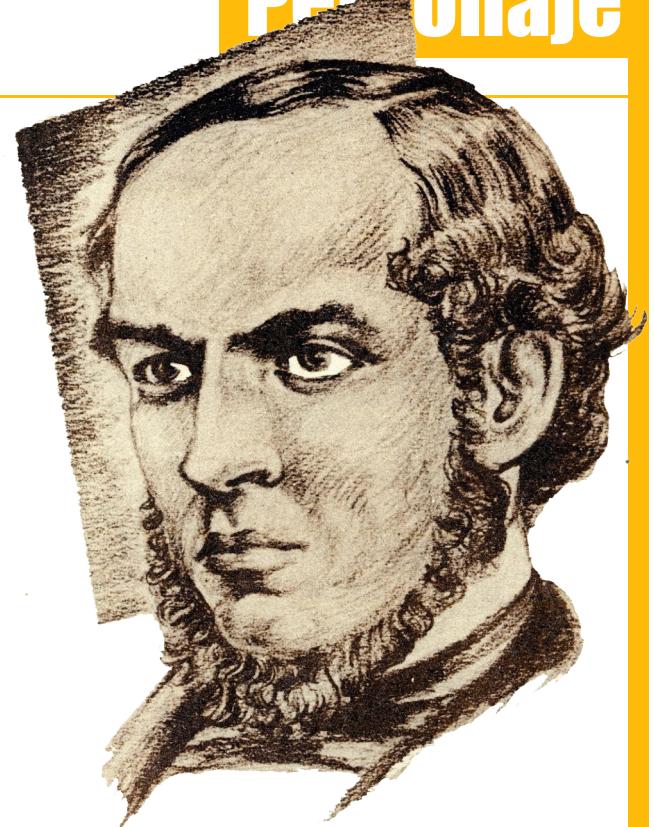
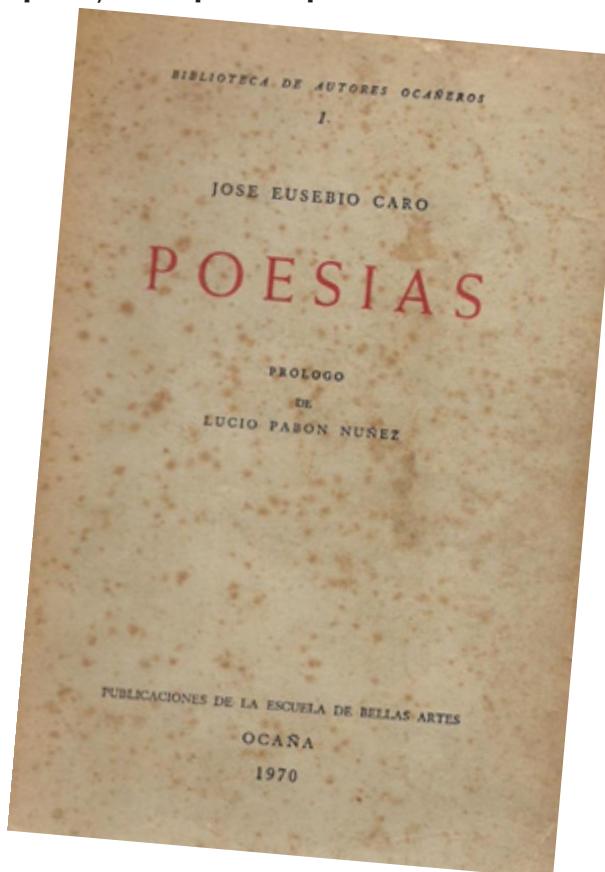
Un ejemplo para corroborar esto último sería el poema Estar Contigo. Caro fue hombre apasionado y reflexivo, y su poesía participa de estos atributos. Ella enfoca, desde el punto de vista trascendental, grandes problemas humanos, pero sabe revestir la expresión de imágenes vivas y atrevidas que le quitan a su poesía todo aire de abstracción mental. Tras lo etéreo, está presente la emoción real y sentida.

Si el fondo de su pensamiento puede pecar de frío, la expresión es siempre cálida y apasionada. Los temas de su poesía fueron variados, dentro de una propuesta romántica. Dejó poemas tiernos, íntimos y amorosos; poemas con sabor a ausencia y lejanía, suspirantes y plétóricos de lamentaciones. Son célebres "Héctor", "Una lágrima de felicidad", "El pobre", "Estar contigo", "En boca del último inca". "El hacha del proscrito", "Despedida de la Patria", "La hamaca del destierro", "Proposición de matrimonio y bendición nupcial", "En alta mar" (su poema lírico por excelencia), y "La libertad y el socialismo". Los temas recurrentes de su obra fueron Dios, la mujer, la muerte y la naturaleza, a los cuales supo arrancar nuevas sonoridades y combinaciones hasta erigirlos en símbolos.

Recibió la influencia de Lord Byron, a quien reconoció como su maestro. Pero José Eusebio Caro no sólo fue poeta y filósofo, sino también hombre de ciencia, si se toman como tales sus estudios sobre la naturaleza, que dejó incompletos.

A OCAÑA

**Aquí nací: bajo este hermoso cielo
Por vez primera vi la luz del sol;
Aquí vivieron mis abuelos todos...
¡Adiós, Ocaña! ¡adiós, Ocaña! ¡adiós!
¡Ocaña! ¡Ocaña! ¡dulce, hermoso clima!
¡Tierra encantada de placer, de amor!
Ufano estoy de que mi patria seas...
¡Adiós, Ocaña! ¡adiós, Ocaña! ¡adiós!
Mi padre aquí, de boca de mi madre
El dulce sí por vez primera oyó.
¡Adiós, Ocaña! ¡adiós, Ocaña! ¡adiós!
Y yo también aquí pensé... ¡silencio!
Olvidemos tan plácida ilusión;
Y aunque mi pecho deba desgarrarse,
¡Adiós, Ocaña! para siempre adiós!**



UN SUEÑO

**Junto contigo caminar la vida;
Una tras otra ver volar las horas;
Al mundo y a sus dichas impostoras
Volver la espalda y dar la despedida;
Entrar de amor en la región profunda
Solos tú y yo; de amor no más viviendo,
La luz gozar hoy lejos estoy viendo,
Última luz de amor que al hombre inunda.
¡Estoy contigo! ¡Unido yo contigo!
¡Rabia y dolor! ¡Es esto sólo un sueño!
¡Recio su puerta amor cerró con ceño,
A tí y a mí negándonos abrigo!**

Personaje

10

EN ALTA MAR

¡Céfiro rápido lánzate! ¡rápido empújame y vivo!
Más redondas mis velas pon: del proscrito a los lados,
¡Haz que tus silbos susuren dulces y dulces suspiren!
¡Haz que pronto del patrio suelo se aleje mi barco!
¡Mar eterno! ¡Por fin te miro, te oigo, te tengo!
Antes de verte hoy, te había ya adivinado;
¡Hoy en torno mío tu cerco por fin desenvelves!
¡Cerco fatal, maravilla en que centro siempre yo hago!
¡Ah, que esta gran maravilla conmigo forma armonía!
¡Yo, proscrito, prófugo, pobre, infeliz, desterrado,
Lejos voy a morir del caro lecho paterno,
Lejos ¡ay! ¡de aquellas prendas que amé, que me amaron!
Tanto infortunio sólo debe llorarse en tu seno;
¡Quien de su amor arrancado, y de patria, y de hogar y de hermanos
sólo en el mundo se mira, debe, primero que muera!,
¡Darte su adiós, y por última vez, contemplarte, Océano!
-Yo por la tarde así, y en pie de mi nave en la popa,
Alzo los ojos -¡miro!- ¡sólo tú y el espacio!
Miro al sol que, rojo, ya medio hundido en tus aguas
Tiende, rozando tus crespas olas, el último rayo.
Y un pensamiento de luz entonces llena mi mente:
¡Pienso que tú, tan largo, y tan ancho, tan hondo y tan vasto,
Eres, con toda tu mole, tus playas, tu inmenso horizonte,
¡Sólo una gota de agua, que rueda de Dios en la mano!
Luego, cuando en hosca noche, al son de la lluvia,
Poco a poco me voy durmiendo, en mi patria pensando,
Sueño correr en el campo en que niño corrí tantas veces,
Ver a mi madre que llora a su hijo, lanzarme a sus brazos...
¡Y oigo junto entonces bramar tu voz incesante!
¡Oigo bramar tu voz, de muerte vago presagio...
Oigo las lonas que crujen, siento el barco que vuela
-Dejo entonces mis dulces sueños y a morir me preparo.
¡Oh, morir en el mar! Morir terrible y solemne,
¡Digno del hombre! -¡por tumba el abismo, el cielo por palio!
¡Nadie que sepa dónde nuestro cadáver se halla!
¡Que echa encima el mar sus olas, y el tiempo sus años!



Colegio Mayor de San Bartolomé



José Hilario López
Mariano Ospina Rodríguez

ESTAR CONTIGO

¡Oh, ya de orgullo estoy cansado,
ya estoy cansado de razón;
déjame, en fin, hable a tu lado
cual habla sólo el corazón!
No te hablaré de grandes cosas;
quiero más bien verte y callar;
no contar las horas odiosas
y reír oyéndote hablar.
Quiero una vez estar contigo,
cual Dios el alma te formó;
tratarte como a un viejo amigo
que en nuestra infancia no amó.
Volver a mi vida pasada,
olvidar todo cuanto sé,
extasiarme en una nada
y llorar sin saber por qué.
¡Ah!, para amar Dios hizo al hombre.
¿Quién un hado no da feliz
por esos instantes sin nombre
de la vida del infeliz,

Cuando, con la amarga desgracia
de amor doblado su poder,
toda su alma ardiendo vacía
en el alma de una mujer?
¡Oh, padre Adán! ¡Qué error tan triste
cometió en ti la humanidad,
cuando a la dicha preferiste
de la ciencia la vanidad!
¿Qué es lo que dicha aquí se llama,
sino no conocer temor,
y con la Eva que se ama,
vivir de ignorancia y de amor?
¡Ay!, más con todo así nos pasa:
con la patria y la juventud,
con nuestro hogar y antigua casa,
con la inocencia y la virtud.
Mientras tenemos despreciamos,
sentimos después de perder,
y entonces aquel bien lloramos
que se fue para no volver.



Colegio Caro, en Ocaña.



Monumento a José Eusebio Caro.

Los abuelos del General Santander

GERARDO RAYNAUD

Los abuelos paternos, Joaquín José de Santander y Jovel de Moncada, nacido y casado en la ciudad de San Cristóbal en Venezuela, en 1745, con doña María Francisca de Colmenares y Omaña. Fueron los abuelos del general Santander, en la rama materna, don Juan Antonio de Omaña y Rivadancira quien contrajo matrimonio con doña Juana Lucía Rodríguez y Sánchez Osorio en la Villa del Rosario de Cúcuta. Ahora bien, el abuelo paterno durante la sublevación de los Comuneros, en marzo de 1781, movimiento que sabemos tuvo por causa el oneroso sistema de impuestos que pesaba entonces en el Nuevo Reino, más de ochenta pueblos se acogieron de manera entusiasta a la causa de esta revolución. Los pamploneses, al mando del capitán Juan José García de Hevia marcharon decididos sobre Cúcuta que fue tomada luego de una precaria resistencia pero que finalmente se uniera a la causa, para lo cual constituyeron una Junta Local entre los que participaron estuvieron José Salvador y Juan Agustín Santander, tío y padre del prócer. Mientras esto ocurría, algunos vecinos notables de San Antonio, entre quienes estaba su alcalde Pedáneo Pedro de Aranda, se dirigieron a la hacienda El Trapiche, en cercanías del Rosario para reunirse con delegados de El Socorro con la intención de llevar la insurrección a los pueblos de Venezuela.

Confirmaron el mando político y militar al capitán García de Hevia quien logró con su prestigio vincular al movimiento las poblaciones de San Cristóbal, Lobatera, Bailadores y La Grita.

Como se aprecia en el desarrollo de los acontecimientos, los Santander, que formaban parte de la clase dirigente,



Francisco de Paula Santander.

tuvieron una activa participación en la revuelta en la que pusieron, al servicio de esa causa, sus dilatadas conexiones de familia. Sin embargo, el gobierno realista comenzó por promover la reacción realista en contra de los amotinados y así, en cabeza del alcalde Ordinario y otros funcionarios de la gobernación de San Cristóbal ordenaron la prisión de los Comuneros a quienes instruyeron causa, además, por el delito de sedición. Entre tanto, en Santafé, el Virrey de la Nueva Granada, promulgaba un indulto general para los Comuneros de El Socorro, que comprendía a los de Venezuela, dándose por terminada aquella revolución esencialmente cívica que resume uno de los capítulos más interesantes del período colonial del país.

Los bienes de los Santander, que habían sido confiscados a raíz de los sucesos anteriores, les fueron devueltos y en el caso del tío José Salvador Santander, fue quien corrió con mejor suerte porque ya, en 1804, se desempeñaba como Gobernador y teniente Justicia Mayor de la región, lo que confirma que las excelentes conexiones familiares con los gobernantes españoles eran de vieja data.

En cuanto a la información relacionada con la abuela paterna del general Santander, tampoco se tienen mayores noticias, salvo que además del padre del prócer, fueron sus hijos, María Josefa Antonia, María, Juan Felipe, María del Rosario, Vicente, Ana María y el menor José Salvador, nacido en 1748. Por parte de

madre, Juan Antonio de Omaña Y Rivadancira, vecino de la Villa del Rosario, se sabe que contrajo matrimonio con doña Juana Lucía Rodríguez y Sánchez Osorio, quienes tuvieron trece hijos, de los cuales cinco murieron antes de cumplir la mayoría de edad.

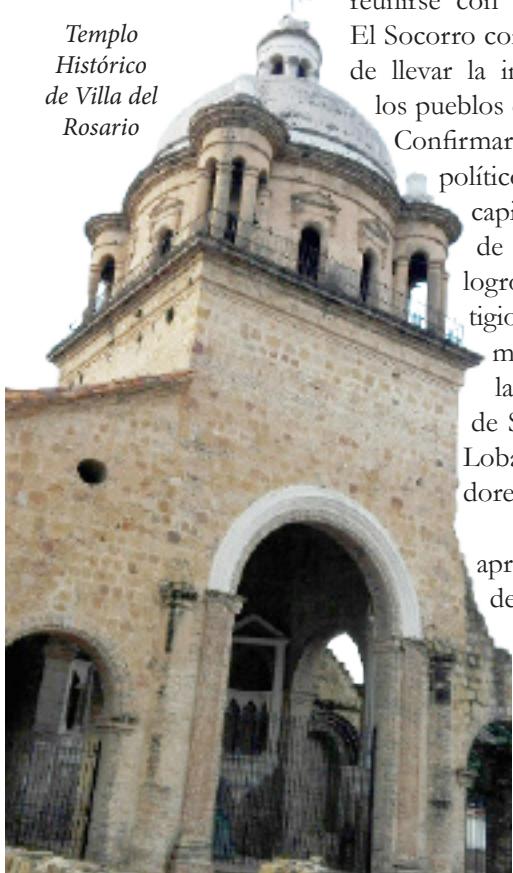
De sus abuelos maternos, sólo se tienen noticias de sus hijos, activos participantes en las luchas independentistas, siendo el más destacado el sacerdote Nicolás Mauricio de Omaña y Rodríguez, nacido el 22 de septiembre de 1780. Rezan los archivos de la época que "...arranca su actuación política en el año 1809, cuando con motivo de los sucesos de Quito y siendo Rector de la Capilla del Sagrario en Santafé de Bogotá, asistió a las Juntas Generales celebradas en septiembre de aquel año, convocadas por el Virrey a excitación del Cabildo y en las que sostuvo la justicia de la revolución quiteña, hallándose su nombre en la representación de protesta levantada por el Cabildo ante la Suprema Junta de España en que se ponían de resalto los derechos de los americanos", y que al decir del historiador Restrepo "...tuvo una influencia poderosa para desarrollar en la Nueva Granada los gérmenes de la revolución".

Cultivador de las ciencias y las letras, trabajó las estadísticas de la ciudad de Santafé para el Semanario del Nuevo Reino de Granada, famoso periódico dirigido por el sabio Caldas, que abrió nuevas corrientes de ideas en la vida intelectual de la colonia y a cuyo alrededor se agrupaban los más altos ingenios de la época.

Fue mentor de su sobrino Francisco de Paula, bajo sus auspicios recibió éste su primera educación en el Colegio de San Bartolomé y a sus influencias se debió que fuese admitido como subteniente abanderado del Batallón de Guardias Nacionales creado en la capital a raíz de la transformación política de 1810, iniciándose de este modo la carrera política del futuro presidente. Sus segundos abuelos, a quienes hoy llamamos 'bisabuelos' fueron el capitán Marcos José de Santander y Caballero, nacido en San Cristóbal en 1678 y casado en esa misma ciudad en 1701, con María Jovel de Moncada y Ramírez de Andrade. Al igual que en la biografía de los primeros abuelos, es muy poca la información sobre sus actividades y demás quehaceres. Salvo la relación de sus hijos y descendientes, solo puedo agregar que en los archivos consultados no se pudo rehacer sus ramas genealógicas. Se comprobó que la pareja tuvo cinco hijos y que además de Joaquín José, el abuelo del prócer, se conocen María Micaela, José Eugenio, Catalina y Juan José.



(Recopilado por: Gastón Bermúdez V.)



Templo Histórico de Villa del Rosario

Teología de la Santísima Trinidad

JUAN PABLO II

Dios Padre

Dios se identifica con el Padre en la dimensión de criatura, un padre es alguien que da vida, que transmite la humanidad y condiciona su desarrollo, es un punto de referencia para un niño. El Padre-Dios es en realidad misterioso en términos del mundo y la Creación. Suyo es el Misterio que está más allá de todo y que condiciona todo. Este Misterio es aclarado con una referencia: "nadie conoce al Padre excepto el Hijo y a quienes el Hijo elige revelarlo".



Dios Hijo

Dios-Hombre, ordena toda la historia de la salvación y la concentra en Sí mismo. Jesús-Dios, plenamente el Hijo del hombre, de la humanidad, de la historia, Jesús, Dios y el Hijo actúa sobre todo como Consustancial al Padre. Este acto divino, que es el resultado de su Persona, ingresa del modo más exhaustivo en la historia de la humanidad. Hay consustancialidad entre el Hijo y el Padre – y también entre el Espíritu Santo en la unidad de lo Divino.

especialmente revelado al hombre como un Don, revelado por Cristo, que describió su Pasión y Muerte como el precio de ese Don para el hombre ("si no me voy, el Consolador no podrán venir sobre ustedes, pero si parto, se los enviaré a ustedes"). El Espíritu Santo es la fuente de la santidad del hombre, y la santidad consiste en la verdad y el amor. Sabemos sobre el Espíritu Santo con la Revelación, más que por el orden teológico.



Dios Espíritu Santo

El Espíritu Santo es un Dios escondido,

